

17

»¡Sí! ¡Yo también en mi vejez refreno
una inmensa pasión, tan acendrada,
que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno
la inmensidad del mar nunca acotada!
¿Qué quedaría en mi doliente seno
si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!
Nuño tiene razón, Beatriz querida.
¡Ay! ¡para qué es, sin el amor, la vida!—

CANTO XII

LAS NUBES

RESUMEN: El 18 de septiembre de 1492, Martín Alonso Pinzón vió una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente.—Al Norte gran cerrazón.—Revista de la historia universal.—La Cava.—Colón.—Herculano.—Margarita de Dinamarca.—Los amantes de Teruel.—Abelardo y Eloísa.—Nabucodonosor.—Don Alvaro de Luna.—Torquemada.—D. Pedro el Cruel.—Doña María Coronel.—Epigrama.—Semiramis.—Sistema de Pitágoras.—Martín Vicente.—Lucrecia.—Paleólogos.—Comnenos.—Merovingios.—Judíos.—...—Rascón.—Platón.—Enrique IV de Castilla.—D.ª Isabel de Portugal, su esposa.—Pablo Toscanelli.—Macías.—El caballo de Caligula.—Augusto.—Demócrito y Heráclito.—Escévoles.—Saladino.—Juana de Arco.—Luis XI.—Leonidas.—Bruto.—César.—Sócrates.—Mahoma.—Continuación del viaje.—A G...—Conclusión del canto.

1

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alboreando
del diez y ocho de septiembre el día,
cuando estaban las gentes contemplando
las mil nubes y mil que el sol teñía.
Tantas nubes, tan varias, revolando,
el juego de la vida parecía.
Y, bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia
más que un juego de nubes la existencia?

2

Las nubes, con su forma transitoria,
cual ideas que el viento ha condensado,
son, breve imagen de la humana gloria,
del insondable porvenir traslado.
Haciendo aplicaciones á la historia
leían en las nubes lo pasado,
como si fuesen sus flotantes velos
alfabetos movibles de los cielos.

3

¡Buen día! Disputando alegremente
el dulce *Ruiz*; *Roldán*, el tormentoso;
Maestre Juan, ateo é inteligente;
Pedro Gutiérrez, noble y valeroso;
Maestre Alonso, médico excelente;
Quintero, el vil; *Rascón*, el quejumbroso,
van de las nubes traduciendo el vuelo,
inescrutable diálogo del cielo.

4

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,
en que la tierra se supone en frente;
además, un Pinzón cuenta haber visto
volar algunas aves al Poniente.
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,
que grita loca de placer la gente.
Sólo Colón en horas tan mortales
su corazón revuelve entre puñales.

5

Aquel ir entré el agua y el ambiente
un viaje por el éter parecía...
Como un sueño agradable, dulcemente
mareaba el mar, la luz desvanecía...
y sin dejar el rumbo de Occidente
andando y más andando, todo huía...
¡y las nubes, conforme adelantaban,
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

6

—Mirad—dijo Roldán—esos vapores
dan de la Cava idea parecida,
que en la opinión de graves escritores
más que su honor fué su beldad cumplida.—
Escobedo siguió:—Y ¿á quién, señores,
si del rosario que llamamos vida
las cuentas blancas en pasar se alegra,
no le herirá el color de alguna negra?

7

—Á Colón, que cree en Dios—Roldán les dijo.
Á la sazón hallándose cercano
le replicó Colón:—Es verdad, hijo;
siempre cree en Dios quien cruza el Oceano.—
Y continuó, en Roldán el rostro fijo:
—Si ignorase su nombre soberano,
¿á quién en la borrasca invocaría?
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería?—

8

(Aplauso general.) Y de repente,
viendo unas nubes á la diestra mano,
dijo Martín Pinzón:—¡Cuán propiamente
imita una ciudad el aire vano!
Ya sus cimientos removió el ambiente...
ya se va hundiendo...—Cual se hundió Herculano—
dijo Escobedo;—y añadió en seguida:
—¡Castillos en el aire: he aquí la vida!

9

—¡Qué mujer tan altiva y tan hermosa!—
gritó Alonso; y siguió de esta manera:
—Margarita Calmar fué virtuosa;
y tanto como buena fué hechicera.
—¡Una mujer perfecta! ¡extraña cosa!—
dijo Ruiz. Y Colón:—Aunque no fuera,
para el que noble con razón se llama,
es bella y tiene honor cualquiera dama.—

10

Dos bellas sombras maestre Juan mirando,
—Ved los amantes de Teruel—exclama;—
¡siempre lo mismo! Siempre conjugando
el yo amo, tú amas, aquel ama.
A la muerte el amor nos va llevando
de dolor en dolor, de llama en llama.
Lo que fué abnegación ya es egoísmo:
amar y desamar. ¡Siempre lo mismo!—

11

Y siguió:—El cierzo, ¿veis? ¡siempre lo mismo!
ahora á Abelardo y Eloísa sorbe:
perdóneles el cielo: su erotismo
fué un adorable escándalo del orbe.—
Y continuó:—El amor es un abismo
que honor, gloria y salud ávido absorbe.—
Calló maestre Juan. Mas de contado,
le replicó Escobedo:—Y ¿quién no ha amado?—

12

¡Id, amantes, en paz! Si el mundo helado
execra sin piedad vuestra memoria,
¿quién no sintió un amor desventurado?
¡Lucha eterna sin prez y sin victoria!
Pero ¡siempre ¡ay de mí! será execrado
el que en amar cual vos funde su gloria,
sin ver que es la razón de tanto anhelo
el sentimiento, la razón del cielo?...

13

—¡Nabucodonosor!—siguió altanero
maestre Juan;— los hados inconstantes
le transformaron, por sensual y fiero,
en una bestia al fin, siendo rey antes.
—¡Justa transformación!—siguió Quintero;—
si á cuantos reyes veo semejantes
les da un castigo igual de Dios la ira,
¡cuánta bestia futura el mundo admira!—

14

Y añadió, señalando al diestro lado:
—Don Alvaro de Luna.—¡El favorito!—
el público exclamó desconcertado,
unos diciendo: ¡Pobre!—otros: ¡Maldito!
—Fué—dijo Ruiz—bastante desgraciado;
por lo demás, su orgullo fué infinito.—
Y repuso Quintero:—¡Ah! sí, ¡quién fuera
lo que ese buen señor pensaba que eral

15

—Nada hay más vil que apellidar maldito—
dijo Escobedo—á un alma desdichada.
—¿Aunque sea—dijo uno—el favorito?—
Y repuso Escobedo:—Nada, nada.—
—¡Torquemada!—grita otro; á cuyo grito
maestre Juan prorrumpió:—¡Torquemada!
Sólo de ver su imagen me consterno;
dejad que vaya en paz, irá al infierno.

16

—¡Don Pedro el justiciero!—¡El inhumano!—
interrumpiendo á Ruiz dijo Quintero.
Uno gritó:—El cruel;—y otro:—El villano;—
y—El maldito también—dijo un tercero.
¡Horror universal! Viendo al tirano
con su rostro procaz y aire altanero,
preguntó Ruiz:—¿Cuántas serán, maese,
las cuentas negras del rosario de ése?

17

Y siguió:—¿Veis? Quemando su mejilla
halló la Coronel á su honra puerto:
temiendo al tal don Pedro de Castilla,
no su existencia, su beldad ha muerto.
—¡Oh, jamás no imitada maravilla!—
dijo Roldán:—nunca creí, por cierto,
que fuese hasta el extremo virtuosa
de hacerse fea una mujer hermosa.—

18

¡Murmuración pueril! Así mostrando
en juego tal cuanto saber presumen,
ya hiriendo con razón, ya calumniando,
todos agotan con placer su numen.
Van la verdad con sueños engañando.
¿Y es más cierto lo real? No, no; en resumen,
es sombra y nada más la humana gloria;
nubes que van y vienen es la historia.

19

—¿Sabéis—dijo uno—esa visión quién era?—
Maestre Juan contesta:—Un rey ha sido...
—Llama rey á un fulano cualesquiera—
maestre Alonso exclama—¡presumido!
Al ver maestre Juan de tal manera,
en su amor propio el corazón herido,
le dijo:—Y bien; ¿qué es el linaje humano,
con alguna excepción, más que un fulano?

20

»¡Semíramis, Semíramis!—prosigue—
¡cuán grande es su pavor! Huye de miedo
al ver que Nino airado la persigue.
¡Remordimiento horrible!—Quedo, quedo,
señor maestre Juan, que la castigue
su conciencia no más—dijo Escobedo.—
¿Quién en el mundo, al recordar su historia,
no se encuentra algún Nino en la memoria?

21

Y de las nubes traduciendo el juego,
maestre Juan siguió:—La nube aquella
es Pitágoras.—(Risas.)—Ved, os ruego,
ved bien la metempsicosis en ella.
El caos... una flor... un bruto... luego
la imagen de Pitágoras descuella...
de Pitágoras luego otra flor nace...
¡ya se ha deshecho!—Y ¿qué no se deshace?

22

Á tan rara invención el vulgo atento,
le interrumpió gritando:—¡Bravo, bravo!—
Maestre Juan siguió:—Ya es un jumento...
un rey... un gato... una mujer... un pavo...
ya es no sé qué... ya es un vapor... ya es viento...
Todo se vuelve viento al fin y al cabo.—
¡Dura verdad! Al fin de la jornada
todo acaba lo mismo: ¡el caos, la nada!

23

Mientras la bulla y el placer crecía,
—¡Ay! ¿no hará un mundo, Dios compadecido
para premiar mi fe?—Colón decía,
ciego á la luz y sordo á todo ruido.
—¿De dónde era aquel palo—proseguía—
que recuerdo muy bien haber leído
que halló á quinientas leguas á Occidente
el bravo portugués Martín Vicente?

24

Sigue el viento y la bulla y... ¡adelante!
Quintero, que hasta en sombras su ira gasta,
—¡Ved—exclamó—á Lucrecia tan amante,
tan buena esposa, tan gentil, tan casta!...—
Paróse, y continuó:—Pero...—Al instante
le interrumpió Escobedo:—Basta, basta:
decídmé por favor, señor Quintero,
¿hay quien no tenga en su existencia un pero?—

25

Á cuantos grupos el vapor formaba,
en razas maestre Alonso los partía.
—¡Emperadores griegos!—exclamaba.
—Paleólogos, Comnenos—añadía.
—Los reyes Merovingios—continuaba.
Conforme maestre Alonso así decía,
maestre Juan iba diciendo en tanto:
—¡Cuántas nubes de tontos, cielo santo!—

26

—¿Quién es la raza que atraviesa ahora?—
le preguntó Roldán. Juan, de contado,
—Es—dijo—el pueblo que el becerro adora,
que al pie del Sinaí torpe ha adorado.
Vaya con Dios la raza previsora
que mudando el país con el calzado,
por patria adopta, de codicia llena,
como la abeja la mejor colmena.

27

—¿Quién será—dijo Ruiz—esa heroína?—
Escobedo exclamó:—¡Crimen horrendo!
¡Después de acariciarle lo asesina!—
Y encarándose á Ruiz, siguió diciendo:
—¡Forman una visión muy peregrina
ella de él la cabeza sosteniendo!
¡Pero esa aparición fuera más bella
si él sostuviese la cabeza de ella!—

28

Así del cielo entre el movable encanto,
y entre el reír alegre del gentío,
la mansión de la noche y del espanto
¡indomable valor! cruzan con brío.
¡Era inmenso el bullicio! Y entretanto,
—¿Dónde estará, cómo será, ¡Dios mío!—
decía el buen Rascón meditabundo—
el paredón donde se acaba el mundo?

29

Mirando maestre Alonso al diestro lado,
que á cuantos le oyen en saber les gana,
—¡Fuera sombreros!—exclamó admirado.—
Ved de Platón la imagen soberana.
Él del mundo el espíritu ha animado,
como inventor de la moral humana.—
En son de burla:—Si la halló el primero,
fué del alma el Colón—dijo Quintero.

30

Y siguió:—Un monstruo que el vapor fabrica
¿es un hombre ó una bestia? Pero ¡tate!
veréis como el buey Apis significa
después que maestre Juan nos lo retrate.—
Siempre zumbón, maestre Juan replica:
—¿Creéis que es el buey Apis? ¡Disparate!
Que calumniéis así me maravilla
al rey Enrique cuarto de Castilla.

31

—Ved allí á su mujer—siguió diciendo.
—¿Con don Beltrán?—dice uno.—Pues es llano—
prorrumpen en coro el público riendo.
—¡Quién sabe!—dijo Ruiz—fué eso un arcano.—
Las buenas dudas del buen Ruiz oyendo,
siguió maestre Juan:—En vano, en vano
de cuentas blancas su vestido bordas;
las cuentas de ésa son negras y gordas.—

32

¡Gran fiesta! Mientras éste divertido
disfruta en la ilusión del aire vano,
está pensando aquél enternecido
en el padre, en la madre ó en el hermano.
Colón, en tanto, sordo á todo ruido,
con el compás en la derecha mano,
un mapa estudia que trazó la ciencia
de Pablo Toscanelli de Florencia.

33

Lamentando leal sus agonías,
—Ved á Macías—dijo Ruiz gritando.
Rascón siguió:—Con tiernas elegías
irá al cielo de amor enajenando.—
Viendo al ilustre soñador Macías
que el aire y nada más iba abrazando,
Nuño exclamó, siempre á su mal atento:
—¿Qué es nuestro amor más que abrazar el viento?

34

—¡Gran caballo!—prorrumpen un marinero.
—Es el del Cid,—dijo otro—cuyo brío
más sarracenos arrolló ligero
que arenas lleva hacia la mar un río.
—Será el que eligió rey—dijo Quintero—
relinchando á la aurora, al buen Darío:
conque, aunque ofenda con el símil, hallo
que era un gran elector el tal caballo.

35

—Pues yo en creer—dijo Roldán—insisto
que aquel será que por su gran despejo
nombró cónsul Calígula, y por Cristo
que era un miembro especial para un concejo;
pues nunca, como muchos que yo he visto,
le dió al emperador un mal consejo.
Ya veis si el consejero era excelente.—
Todos dijeron:—¡Efectivamente!

36

—¿Á quién veis, maestre Alonso?—Allí estoy viendo
al gran Augusto, un déspota excelente.
¡Feliz tirano!—continuó diciendo;—
fué feliz, muy feliz seguramente.
—Sí, como todos—prorrumpió gimiendo
Nuño, apretando con dolor su frente;—
en este valle de delicia y llanto
se goza mucho, mas ¡se sufre tanto!...

37

—¡Demócrito y Heráclito!—al Oriente
gritó Rodrigo Sánchez señalando;—
mirad bien con qué aspecto diferente
uno riendo va y otro llorando.—
Viendo pasar á entrambos lentamente,
quedóse maestre Alonso murmurando:
—Los polos del humano sentimiento:
¡lágrimas necias! y ¡bestial contento!—

38

Ruiz preguntando, Alonso respondiendo,
la ruta alegran de su erial camino:
—Este ¿quién es?—Ruiz comenzó diciendo.
—Es Escévola, un célebre asesino.
—¿Y esa otra sombra que le va siguiendo?
—Ese, admiraos, Ruiz, es Saladino,
que, al batallar con incruentas manos,
enseñó el Evangelio á los cristianos.

39

—¿Quién es, antes que entre otras se me pierda—
dijo Ruiz— esa sombra pudorosa?
—A la gran Juana de Arco me recuerda,
por valiente, por buena y por hermosa.
—¿Y esa otra que se extiende hacia la izquierda,
espesa, hedionda, informe y tenebrosa?
—Esa es—le contestó con arrogancia—
el alma de Luis once, rey de Francia.

40

—¿Quién es aquél?—Leonidas el valiente,
el que enseñó á morir con heroísmo.
—¿Y éste?—Bruto: un traidor.—¿Y ese de enfrente?
—Es César, el factor del despotismo.
—¿Quién es aquel de inalterable frente?
—El autor del *Conócete á ti mismo*.
—¿Y aquel que el vuelo hacia el Oriente toma?
—Un rapsoda de Cristo; ese es Mahoma.—

41

¡Vértigo interminable! Disparados,
sin pararse en un punto ni un momento,
sólo miran sus ojos fascinados
la realidad del mar, ¡brumas y viento!
Corrían, yendo al parecer volcados
en la bóveda azul del firmamento...
¡y las nubes, conforme navegaban,
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

42

—¿Quién será?—en todas partes se decía
viendo una imagen resbalar suave,
que á todas las imágenes vencía
en lo gentil, lo poderoso y grave.
¿Quién era? Nadie el caso presentía.
Mas, viendo siempre al porvenir,—¿Quién sabe!—
dijo Colón:—tal vez la musa es esa
que el canto ha de inspirar de nuestra empresa.—

43

¡Salud, musa gentil, alma futura,
de toda innoble tentación ajena,
jamás la mente en su ilusión más pura
alcanza al linde hasta donde eres buena!
Salve, del cielo predilecta hechura,
á quien hizo eslabón de la cadena
que el sentimiento de la humana raza
al sentimiento del Eterno enlaza!

44

Mírame... así... tu rostro que bendigo
nunca me canso de tenerlo enfrente,
y muchas veces, cuando estoy contigo,
para quererte más, me finjo ausente.
No sufras, no, si tu mejor amigo
de pena llora al ver que inútilmente
por más que el alma tras la tuya lanza
á igualar tu virtud jamás alcanza.

45

¿Tú también pasarás, como ha pasado
de esas visiones la ilusión externa;
tú, con un pecho de virtud dechado;
tú, con un alma cual ninguna tierna?...
También ¡ay! seguirás, siempre á mi lado,
de cuanto existe la evasión eterna...
¿Qué cosa hay en el mundo, dueño mío,
que marque su carrera en el vacío?

46

¡Se acabó la ilusión! Desde el Oriente
sobre la mar la sombra se derrama,
empezando esa hora en que la mente
en el alma, sin luz, mira cuanto ama.
Perpetua amiga del amor ausente,
viendo la noche cada cual exclama,
recordado el objeto á quien adora,
un—¿en dónde estará?—un—¿qué hará ahora?—

47

Anocheció. Del cielo huyó el hechizo
cual de la tierra al fin huye la gloria:
las nubes poco á poco el Sur deshizo
como el tiempo las sombras de la historia.
Y después que á su vez cada cual hizo
un viaje por su patria de memoria,
el himno entonan con ferviente anhelo:
¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!

CANTO XIII
INSURRECCIÓN

RESUMEN: Día 19 de septiembre: calma pesada: un alcatraz: Colón sondea 200 brazas sin encontrar fondo.—Día 20: vuelve a aparecer la hierba: se coge un pájaro como una garza: varios pajarillos cantando.—Día 21: más hierbas: alarma: una ballena.—Día 22: menos hierba: viento de Sudoeste: serias murmuraciones.—Día 23: una tórtola; pájaros pequeños; se levanta el mar.—Días 24, 25 y 26: desenvoltura de los marineros: viento del Este: Martín Pinzón grita: «¡tierra!» torcióse el rumbo: la tierra era una nube.—Días 1.º, 3, 6 y 7 de octubre: discrepancia de las medidas tomadas por los pilotos: no se ven pájaros: la *Niña* dispara un cañonazo: se deshace la ilusión.—Días 8 y 9 de octubre: pajarillos como de campo: aire fresco y suave como por abril en Sevilla.—10 de octubre: motín.—Discurso de Roldán.—Contesta Colón.—La Idolatría y la Fe.—La mayor batalla del mundo.—Continuación del motín.—Profecía y última orden de Colón.—Nueva aparición del genio de la Atlántida.

I

Gran calma.—Un alcatraz.—Colón sondea
más de doscientas brazas—¡no es bastante!
¡Qué atroz profundidad, casi marea!
—Pradería de hierbas ambulante.
—En un buque una garza el vuelo apea.
—¡Pajarillos que cantan!—¡Adelante!
Si hoy sólo hierba vuestra quilla toca,
mañana será arena, y después roca.

2

Aun prosigue la mar de hierbas llena:
¿quién al mirarlas de pavor murmura?
—¡Casi alegre el horror de una ballena
en tan grande quietud y á tanta altura!
No hay hierba:—veintidós.—¡Brisa serena!
—¡Más murmurar! en ocasión tan dura,
¿no sabéis, españoles, que á lo menos
saben morir sin murmurar los buenos?

3

Una tórtola; ¡bien! ¡nuncio dichoso!
¡Cuál despiertan sus cantos nuestros duelos!
—Más pájaros, ¡salud!—¡Cuánto reposo!
—Se alza el mar, se disipan los recelos.
—Algunos días más y soy dichoso:
seguid, seguid, yo pediré á los cielos
que volváis con la dicha que habéis ido.
¡Es tan poco y tan fácil lo que os pido!

4

Veinticuatro.—Aun hay gente que murmura.
—Viento de Este.—Pinzón á un mástil sube:
—¡Tierra!—grita: ¡buen Dios! ¡será locura?
¡Nunca un placer como al oírlo tuve!
Variad de rumbo.—¿Es cierta mi ventura?
No era tierra ¡oh dolor! era una nube.
¡Sucede tantas veces en la vida
tomar por cosa real la que es fingida!

5

La ciencia de los prácticos se admira,
porque discrepa la distancia andada.
¡Qué soledad!—El tres sólo se mira
aire y silencio, imágenes de nada.
—¡Tierra!—la *Niña* un cañonazo tira...
Mas la ilusión deshace la alborada.
¿Acaso un mago con furor violento
nos va la tierra convirtiendo en viento?

6

Giran el ocho en torno de las naves
pajarillos que al alba se levantan:
¡Qué hermosas son en alta mar las aves!
Y, si buscamos tierra, ¡qué bien cantan!—
Día nueve.—Aires frescos y suaves,
que tanto el gusto de Colón encantan,
«que son (lo escribe así su alma sencilla)
cual las brisas de abril son en Sevilla.»

7

En el mil cuatrocientos que corría,
y año noventa y dos de nuestra era,
el diez de octubre, por la vida mía,
de esta historia inmortal borrar quisiera.
Cuanto se toca, y oye, y ve este día,
todo á la vil tripulación altera.
Se vuelve el más pacífico iracundo.
¡Todo se acaba donde acaba el mundo!

8

De su temor en el fatal exceso,
Roldán la chusma amotinar procura,
y en un corrillo bárbaro y sin seso
hablando de Colón, así murmura:
—Si impidiese tenaz nuestro regreso,
lanzadle al mar en premio á su locura;
que el hecho ocultará, más que el humano,
con discreción eterna el Oceano.—

9

Oye Colón su estúpido delito,
y al verlos acercarse á su presencia,
—Atended, que su fruto es exquisito—
les dijo—sí es amarga la paciencia.
—Sabed—clamó Roldán alzando el grito—
que proseguir más lejos ya es demencia:
cuantos me escuchan creen, como yo creo,
esa ilusión que os huye ante el deseo.

10

—¿No veis—dijo Colón—cuán bienhadados vamos poniendo fin, con tiempo hermoso, á este mar que llamaban espantados los árabes:—*inmenso y tenebroso?*
—¡Muera!—gritan los Porras sublevados.
—¡Pues herid!—sigue el héroe con reposo.—
Labraréis con mi daño vuestro daño;
¿dónde sin su pastor irá el rebaño?

11

—¡Muera!—insiste Roldán enfurecido.—
No puede ser más sabio un pobre loco
que cuantos sabios en el mundo han sido;
ni más valiente que Hércules tampoco.
—¡Pues heridme!—Colón dijo atrevido—
¿Qué me importa morir? Dentro de poco
el generoso pecho de algún hombre
hará de gozo palpitar mi nombre.

12

—¡Herid! si os atrevéis, ¡herid!—decía.—
¡Cuánto inútil terror vino inspirando
ese menguado de Hércules un día
el fin del mundo en Cádiz señalando!
¡Herid!—siguió:—sin la experiencia mía
una muerte común, torpes vagando,
más tarde encontraréis, ó menos tarde,
obscura y criminal, necia y cobarde.—

13

No hay quien no luce allí. LA IDOLATRÍA
entre todos con ciego fanatismo
difundiendo el terror, así decía:
—Mirad: aquí... ¡el abismo!, allí... ¡el abismo!—
La FE, en tanto, á Colón le repetía,
como si fuese un eco de sí mismo:
—¡Tu bajel, inmortal aventurero,
remolcará á la vuelta un mundo entero!—

14

¡Quién creará que en tan frágiles maderos,
y en esas luchas que parecen vanas,
se disputan tal vez mundos enteros!
¡Altos juicios de Dios! ¡Cosas humanas!
¡Entre cuatro infelices marineros,
más que en Farsalia, y en Chalóns, y en Cannas,
en alta mar, en incruenta guerra,
mediando está la suerte de la tierra!

15

—Y ¿qué veis—un Jiménez preguntaba—
para esperar á nuestro mal consuelo?
¡Tras la extensión de un mar que nunca acaba,
la inaccesible soledad del cielo!...—
Diciendo así, Jiménez sollozaba;
y abundando los otros en su duelo,
exclaman, recordándolos en vano:
—¡Mi pobre madre!—¡Mi infeliz hermano!

16

—Lejos—siguió Roldán—de nuestros lares
no hay para nuestra muerte un punto cierto;
nuestro sepulcro borrarán los mares
tan pronto ¡ay Dios! cerrado como abierto.
Las madres, descargando sus pesares,
¿dónde crearán las tristes que hemos muerto?
¿Ante qué cuerpos rendirán honores?
¿Sobre qué tumbas ¡ay! verterán flores?

17

»De la patria la tierra encantadora
se entreabre de los deudos al gemido;
¡mas cuando el mar sus víctimas devora
lo hace en silencio, sin dolor, sin ruido!
Decidme, os ruego, si nos traga ahora
este lago de plomo derretido,
¿qué nos espera en tan aciaga suerte?
¡El olvido, la muerte de la muerte!

18

»¿No veis—siguió—cuál de dolor suspiran
los que modelos de valor llamamos?
Los más leales contra vos conspiran.
¿Dónde vamos, decid, y en dónde estamos?—
Todos en torno el horizonte miran,
como quien dice:—Es cierto: ¿adónde vamos?—
¡y sólo ven por único consuelo
agua y agua en el mar, aire en el cielo!

19

Y en tanto que el dolor de todos crece,
—¿No veis—siguió, doblando sus lamentos—
que hasta que han muerto por aquí parece
los inconstantes soplos de los vientos?
Nada en la tierra este dolor merece:
mirad que, aunque logréis vuestros intentos
vuestra dicha será, siendo envidiada,
menos dichosa cuanto más honrada.

20

—¡Adelante!—Colón grita altanero.
Y hablando en baja voz, murmura apenas:
—Me lo ha dicho del cielo un mensajero:
«Tú librarás el mar de sus cadenas.»
Continuad el marcado derrotero—
con palabras siguió de imperio llenas;—
que quepa á todos por igual la suerte:
¡todos á la India, ó todos á la muerte!—

21

Así dijo Colón. Y con la mano
señalando al Ocaso con fiereza,
cruzó de una mirada ese Océano
que hace perder el verlo la cabeza.
Y el recuerdo de un Numen ya lejano,
pasando por su mente con presteza,
dijo con voz que redobló su brío:
—¡Cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!

CANTO XIV

¡TIERRA!

RESUMEN: El 11 de octubre encontraron un palo, una caña, un bastón labrado ingeniosamente, un junco recién cortado y una hierba recientemente arrancada.—La Ignorancia, la Envidia y la Idolatría cercan al sol.—Discurso de la Idolatría.—Huida del sol.—Efectos de la Envidia.—Al anochecer cantan el *Salve Regina*: promesa de Colón.—La Esperanza electriza la atmósfera.—A las diez se ve una luz que se mueve.—Expectación general.—A las dos de la mañana dispara la *Pinta* un cañonazo.—Sonrisa de la Esperanza.—¡Tierra!—Colón manda aferrar.—Arrepentimiento de los insurrectos.—Invocación de Colón á las virtudes teológicas.—Pensamientos de Colón.

I

¡Bien por Colón! Si más le atormentaron,
desde que octubre por su mal corría,
mil señales de tierra le alegraron
en la mañana del oncenno día.
—Un palo y una caña aquí alcanzaron.
—Allí un bastón labrado ve un vigía.
—Parece que ya tierra á ver se alcanza...
¡Cuánta prueba, es decir, cuánta esperanza!

2

—¡Un junco!... es tan reciente, que ver creo
el brillo de la hoz que lo ha segado.
—¡Cuán nueva es esa hierba!... Casi veo
la mano del pastor que la ha arrancado.
—¿Veis tierra?—¡Aun no! es la sombra del deseo.
—¡No rompáis el bauprés; id con cuidado!
Ved que el junco y la hierba es cosa nueva...
Esa no es esperanza, esa es ya prueba.

3

¡Cerca la tierra está! Sí, ya se siente
aire gentil como de olor de flores.
¡Cerca está, cerca está! porque impaciente
la IDOLATRÍA agota sus furores.
¡Sí, cerca está, porque también clemente
dobla el bando del cielo sus favores!
El principio del fin éste es por tanto:
¡a vencer ó á morir!... ¡Piedad, Dios santo!

4

Iban, la IDOLATRÍA concitando
cuanta torpe pasión su culto encierra;
la IGNORANCIA, del mar la ira agitando;
á las almas la ENVIDIA haciendo guerra.
Y, en su inútil encono, no logrando
mover el mar ni conturbar la tierra,
en rápido tropel, tendiendo el vuelo,
suben la furia á desatar del cielo.

5

Cercan al sol las tres. Con arrogancia
parar su curso la IGNORANCIA ansía.
Le habla la IDOLATRÍA con jactancia.
Puesta detrás la ENVIDIA enturbia el día.
Y cuando el sol detuvo la IGNORANCIA,
—Si tu trono—gritó la IDOLATRÍA—
no arrastras al antípoda hemisferio,
¡dios de los Incas! se acabó tu imperio.

6

»¡Ciega esas naves! Si la cruz cristiana
toca esas playas á tu fe rendidas,
no verá más la tierra americana
las víctimas sin fin á ti ofrecidas.
¡O los dejas hoy ciegos, ó mañana
no tendrán para ti, desconocidas,
ni la tierra montañas, ni el mar ondas,
donde tu faz avergonzado escondas!

7

»Niega á Colón tu luz. Justo es que ampires
la tierra que en tu culto persevera;
el último tal vez de tus altares,
y la defensa de mi fe postrera.
¡Salva, salva, abismándote en los mares,
tu último altar y mi postrer trinchera!
Si en redoblar tu curso no te ahincas,
tu imperio se acabó, ¡dios de los Incas!»